

- 19.- ¿Qué son los apartados?
- 20.- ¿Siempre se encuentran apartados en un texto?
- 21.- En los poemas ¿coinciden las estrofas con los apartados?
- 22.- ¿En qué consiste la explicación de un texto?
- 23.- ¿Qué es la conclusión?
- 24.- ¿Cómo debe ser la opinión personal?
- 25.- ¿Qué es preciso tener a mano, antes de iniciar el comentario?
- 26.- ¿Qué pasos hay que seguir después, para elaborar la explicación?
- 27.- ¿Cómo lograremos determinar el tema?
- 28.- ¿Qué se debe hacer para fijar los apartados?
- 29.- ¿Qué preguntas podemos hacernos al tratar de explicar la forma y qué trataremos de lograr?
- 30.- ¿Qué conviene hacer, antes de redactar la conclusión?
- 31.- ¿El borrador de nuestro trabajo es definitivo? (Sí o no y por qué).
- 32.- ¿Qué nos ayudará a realizar nuestra conclusión?
- 33.- ¿Qué es el estilo?
- 34.- ¿Cómo debemos tratar de hacer nuestro comentario?

No espero ni solicito que se dé crédito a la historia extraña e íntima que voy a referir. Debería estar loco para imaginar que pueda creerse algo que mis propios sentidos se niegan a atestiguar. Pero yo no estoy loco y es indudable que no sueño. Sin embargo, he de morir mañana y hoy quiero descargar mi conciencia; clara y sucintamente, sin comentario alguno, quiero relatar una serie de acontecimientos dramáticos cuyas consecuencias me han aterrado, torturado y enajenado. Pero no intentaré esclarecerlos. A mí no me han producido más que horror, por más que a muchas personas puedan parecerles más "extravagantes" que horribles. Quizá habrá más tarde una inteligencia preciosa que reduzca esta pesadilla a un lugar común, algún espíritu más sensible que yo y menos excitable que el mío que sabrá ver en los hechos que narro con temor una sucesión normal de causas y efectos naturales.

#### EL GATO NEGRO.

MI carácter dócil y mis sentimientos suaves me manifestaron ya en mi infancia y formé un corazón tan tierno que llegué a ser jugoso. Sentía verdadera pasión por todos los animales y mis padres me permitieron tener gran variedad de ellos. Nunca era tan feliz como cuando les daba de comer y les acariciaba. Esta afición aumentó con los años y cuando fui un hombre hecho constituyó uno de mis grandes goces. Quienes se han enterado con un perro inteligente no necesitarán que les explique el carácter e intensidad de los delirios que puede reportar, en el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo que nos brinda, hay algo que va directamente al corazón y aquí que con frecuencia ha comprobado la amistad más querida y la endeble lealtad de ser humano.

No casé joven y tuve la dicha de dar con una esposa que tenía la misma afición. Cuando se dio cuenta de mi inclinación por los animales no desperdició un momento de su vida de los que más me agradaban y así tuvimos pájaros, un conejo, un perro magnífico, conejos, un gatito y un gato. Este último era un animal hermoso y fuerte, de pelaje totalmente negro y de una gran inteligencia. Cuando tocaba el último punto, el mujer, que era bastante supersticiosa, me refería a la antigua creencia popular de que todos

- 19.- ¿Qué son los apartados?
- 20.- ¿Siempre se encuentran apartados en un texto?
- 21.- En los poemas ¿coinciden las estrofas con los apartados?
- 22.- ¿En qué consiste la explicación de un texto?
- 23.- ¿Qué es la conclusión?
- 24.- ¿Cómo debe ser la opinión personal?
- 25.- ¿Qué es preciso tener a mano, antes de iniciar el comentario?
- 26.- ¿Qué pasos hay que seguir después, para elaborar la explicación?
- 27.- ¿Cómo lograremos determinar el tema?
- 28.- ¿Qué se debe hacer para fijar los apartados?
- 29.- ¿Qué preguntas podemos hacernos al tratar de explicar la forma y qué trataremos de lograr?
- 30.- ¿Qué conviene hacer, antes de redactar la conclusión?
- 31.- ¿El borrador de nuestro trabajo es definitivo? (Si o no y por qué).
- 32.- ¿Qué nos ayudará a realizar nuestra conclusión?
- 33.- ¿Qué es el estilo?
- 34.- ¿Cómo tratamos de hacer nuestro comentario?

No espero ni solicito que se dé crédito a la historia - extraña e íntima que voy a referir. Debería estar loco para imaginar que pueda creerse algo que mis propios sentidos se niegan a atestiguar. Pero yo no estoy loco y es indudable que no sueño. Sin embargo, he de morir mañana y hoy quiero descargar mi conciencia. Clara y sucintamente, sin comentario alguno, quiero relatar una serie de acontecimientos domésticos cuyas consecuencias me han aterrado, torturado y anonadado. Pero no intentaré esclarecerlos. A mí no me han producido más que horror, por más que a muchas personas puedan parecerles más "extravagantes" que horribles. Quizá habrá más tarde una inteligencia preclara que reduzca esta pesadilla a un lugar común, algún espíritu más sereno, más lógico y menos excitable que el mío que sabrá ver en los hechos que narraré con temor una sucesión normal de causas y efectos naturales.

Mi carácter dócil y mis sentimientos humanitarios se manifestaron ya en mi infancia y tenía un corazón tan tierno que llegué a ser juguete de mis compañeros. Sentía verdadera pasión por todos los animales y mis padres me permitieron tener gran variedad de ellos. Nunca era tan feliz como cuando les daba de comer y les acariciaba. Esta afición aumentó con los años y cuando fui un hombre hecho constituyó uno de mis grandes goces. Quienes se han encariñado con un perro fiel e inteligente no necesitarán que les explique el carácter e intensidad de los deleites que puede reportar. En el amor - desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo - que nos brinda, hay algo que va directamente al corazón de aquél que con frecuencia ha comprobado la amistad mezquina y la endeble lealtad de ser humano.

Me casé joven y tuve la dicha de dar con una esposa que tenía la misma afición. Cuando se dio cuenta de mi inclinación por los animales no desperdició ocasión de rodearme - de los que más me agradaban y así tuvimos pájaros, un pez - dorado, un perro magnífico, conejos, un monito y un gato.

Este último era un animal hermoso y fuerte, de pelaje totalmente negro y de una gran inteligencia. Cuando tocaba este último punto, mi mujer, que era bastante supersticiosa, solía referirse a la antigua creencia popular de que todos -

los gatos negros son brujas encubiertas. No quiero decir con esto que mi mujer hablara de estas cosas "en serio" y si lo menciono aquí, es sencillamente, porque lo recuerdo.

Plutón, que así llamamos al gato, era mi compañero favorito; no comía más que de mi mano y me seguía por todas partes, en la casa, con tal insistencia que incluso me costaba trabajo impedirle que saliera a la calle tras de mí.

Nuestra amistad continuó así durante algunos años hasta que —me avergüenza confesarlo— mi carácter sufrió una alteración radical debido al demonio de la intemperancia. Me fui tornando cada vez más sombrío e irritable y más indiferente a los sentimientos de los demás. Hablaba a mi esposa en un lenguaje brutal y finalmente empecé a recurrir a la violencia física. Como es natural, mis pobres animales favoritos debieron percatarse del cambio que sufrí puesto que, no contento con descuidarlos, los maltrataba. Pero no sé por qué guardaba consideraciones con Plutón, con quién no procedía así. En cambio, trataba sin miramientos a los conejos, al mono y al perro cuando llegaban a cruzarse en mi camino. Pero mi mal se acentuaba día a día. ¡No hay peor desgracia que la del alcoholismo! Y, al fin, el propio Plutón que ya se hacía viejo y empezaba a tener sus rarezas, hubo de sentir también los efectos de mi perversidad.

Una noche en que regresaba a casa completamente ebrio, —después de haber estado en una de las tabernas del barrio, me pareció que el gato me huía. Quise cogerle para castigarle pero el animal, espantado por mi ademán violento, me mordió la mano ligeramente. De repente me embargó un furor demoníaco y ya no me reconocí. Fue como si, de pronto mi alma huyera del cuerpo y en su lugar una vileza diabólica, saturada de ginebra, se posesionara de todo mi ser. Saqué una navaja del bolsillo del chaleco, cogí al animal por el pescuezo y deliberadamente le vacié un ojo. ¡Me lleno de rubor, me estremezco al contar esta abominable acción!

Cuando al día siguiente recobré la razón, una vez disipados los vapores de mi embriaguez, experimenté un sentimiento de horror y de remordimiento por lo que había hecho. Pero no pasó de ser un sentimiento débil, que no caló en mi alma. No tardé en entregarme de nuevo a los excesos y ahogué en el vino el recuerdo de mi ruindad.

El gato curó poco a poco; es verdad que la cuenca vacía ofrecía un aspecto terrible, pero el animal no parecía sufrir

ya; deambulaba por la casa, como de costumbre, pero, naturalmente, huía despavorido en cuanto yo me acercaba. Todavía conservaba algo de mi antiguo modo de ser para que me entristeciera aquella evidente aversión por parte de un animal que otrora me quiso tanto. Pero este sentimiento no tardó en dejar paso a las más viva irritación. Entonces brotó en mí el espíritu de la perversidad, que señalaría mi caída final e irremediable.

Poco se cuida la filosofía de ese espíritu pero, tan cierto como que el alma existe, creo que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del corazón humano, una de las primeras facultades o sentimientos indivisibles que gobiernan el carácter del hombre... ¿quién no se ha sorprendido alguna vez cometiendo un acto vil o ruin por la única razón de estar persuadido de que *no debía* cometerlo? ¿No mostramos una tendencia constante, pese a nuestro buen criterio, a violar la *ley* simplemente porque sabemos que es la *ley*?

Digo, pues, que fue ese espíritu de perversidad lo que acabó por perderme, ese ardiente e insondable deseo del alma de "torturarse", de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, fue lo que me impulsó a continuar y, por último, a consumir el suplicio de aquel pobre animal inofensivo. Cierta mañana, con la mayor sangre fría, até un nudo corredizo a su cuello y le colgué de la rama de un árbol. Le ahorqué aunque tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón de remordimientos, le ahorqué porque sabía que me había amado, porque estaba convencido de que nunca me dió motivo de enojo, porque sabía que con ello cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma hasta ponerla si eso era posible, al margen de la infinita misericordia de Dios, del Señor misericordioso y terrible.

En la noche que siguió al día en que realicé aquel acto cruel, me despertaron los gritos de, ¡fuego!, ¡fuego! Las cortinas que rodeaban mi cama eran presa de las llamas y la conflagración se había propagado por toda la casa. Con grandes apuros logramos escapar mi esposa, un criado y yo. La destrucción fue cabal; yo perdí toda mi fortuna y desde entonces me entregué a la más tremenda desesperación.

No pretendo establecer ninguna relación de causa a efecto entre la ruindad que cometí y aquel desastre. Estoy por encima de tales debilidades, pero ahora relato una serie de hechos y no quiero omitir ni un solo eslabón de esa cadena.

Al día siguiente del incendio visité las ruinas de lo que fue mi casa; los muros se habían derrumbado exceptuando un delgado tabique interior, hacia el centro de la casa, contra el cual se apoyaba la cabecera de mi cama. Allí la mampostería resistió mejor el fuego, lo que atribuí al hecho de que la pared en cuestión había sido encalada poco antes. Frente a aquel tabique se apiñaba un grupo de personas, algunas de las cuales parecían examinar un punto con evidente atención. Los comentarios, "¡qué extraño!, ¡qué cosa tan rara!" picaron mi curiosidad y acercándome, ví algo semejante a un bajo relieve en la superficie blanca, la figura de un gato de gran tamaño. Era una imagen de una exactitud singular. El animal tenía una cuerda en torno al cuello.

Ante aquella aparición (pues no podía considerarla como otra cosa) mi asombro y mi terror no tuvieron límite pero, por fin, la reflexión vino en mi ayuda y recordé que ahorqué al gato en un jardín contiguo, el cual fue invadido por una muchedumbre en cuanto empezaron los gritos de alarma. Sin duda, alguien debió descolgar el gato y arrojarlo a mi habitación, por la ventana abierta, para despertarme. Los otros muros, al venirse abajo, debieron comprimir a la víctima de mi perversidad contra la capa de cal recién aplicada. Esta, al combinarse con las llamas y el amoníaco del cadáver debió producir la imagen que ahora contemplaba.

Aunque de este modo logre tranquilizar algo de mi ánimo, ya que no mi conciencia, no dejé de resentir una impresión profunda y durante varios meses me fue imposible librarme del fantasma del gato. Así mi alma se llenó de algo que, sin ser lo, se parecía al remordimiento. Acabé lamentando la pérdida de Plutón y me dediqué a buscar por los antros miserables que entonces frecuentaba otro animal de su misma especie que se le pareciera.

Una noche me hallaba en un infame tabernucho, no muy en mis cabales, cuando, de repente, llamó mi atención algo negro, tendido encima de uno de los grandes toneles de ron o de ginebra que formaban parte tan principal del mobiliario del establecimiento. Hacía ya algún tiempo que miraba en tal dirección por lo que me asombró no haber reparado antes en ese objeto. Me acerqué para tocarlo y entonces me di cuenta de que era un gato negro, un animal muy grande, tanto como Plutón y que se le parecía muchísimo con una salvedad. El gato muerto no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo mien-

tras que éste tenía una mancha blanca, de forma indefinida, a modo de pechera.

Apenas le hube tocado cuando el animal se levantó, con ese ronroneo especial con que los gatos indican contento, se restregó contra mi mano y pareció muy satisfecho con mis caricias. Aquél era el animal que yo buscaba. Le dije al tabernero que deseaba comprarlo pero me contestó que no era suyo y que era la primera vez que lo veía.

Seguí acariciándolo y cuando me dispuse a marcharme, el animal se aprestó a seguirme. Así caminamos hacia mi casa y, de vez en cuando, me agachaba para hacerle una caricia. Cuando llegamos entró como si la conociera y no tardó en encariñarse con mi esposa.

Pero yo no tardé en sentir por aquel animal una marcada antipatía, es decir, exactamente lo contrario de lo que esperaba. No sé cómo ni por qué fue así, pero la evidente inclinación que el animal me demostraba me enervaba. Poco a poco, este sentimiento de disgusto y de fatiga fue tornándose en el odio más enconado. Procuraba evitar su presencia y, quizá, la vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarle. Durante algunas semanas evité golpearle pero, poco a poco, casi sin darme cuenta, llegó a inspirarme el más profundo horror por lo que eludía su detestable presencia como si se tratara de la peste.

Es muy posible que el odio que sentí por aquel bicho aumentara por haber descubierto, al día siguiente de traerlo, que también era tuerto, como Plutón. Pero esa desgracia hizo que mi mujer le cobrara más afecto pues, como dije, tenía esa ternura que yo también poseí en otro tiempo, y que me procuró tantos goces sencillos y puros.

Pero conforme aumentaba mi aversión redoblaba el cariño que el gato sentía por mí. Me seguía a todas partes, con una tenacidad indescriptible. Si me sentaba, se agazapaba debajo de la silla o se encaramaba en mis rodillas, prodigándome sus horrendas caricias. Si me levantaba y empezaba a andar, él se metía entre mis piernas, exponiéndome a caer, o bien clavaba sus uñas en la ropa y trepaba hasta mi pecho. Entonces, aunque hubiera deseado matarle de un buen golpe, me frenaba el recuerdo de mi primer crimen pero más aún, debo confesarlo, el auténtico *terror* que aquel animal me producía.

Y no era un mal físico aunque no sabría definirlo de otro modo. Me avergüenza confesarlo. Aún aquí, en esta celda,

me avergüenza confesar que el horror y la tremenda aversión - que el animal me inspiraba se acrecentaron a causa de una de las quimeras más fantásticas que pueden concebirse. En más - de una ocasión mi esposa me hizo notar el carácter de la mancha blanca del gato, la que constituía la única diferencia visible entre él y aquel que yo maté. Recordará el lector, seguramente, que era una mancha grande pero indefinida. Sin embargo, lentamente, casi de manera imperceptible que durante mucho tiempo me esforcé en tener por imaginaria, esa mancha adquirió contornos bien marcados hasta ser la imagen de algo que no puedo nombrar sin estremecerme. Eso era lo que me obligaba a ver al gato como un monstruo repugnante, lo que me incitaba a deshacerme de él, si bien no me atrevía a hacerlo. Era la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen de la horca! ¡Oh, máquina tétrica y horrible, máquina del crimen y el espanto, de muerte y agonía!

A partir de entonces fui el hombre más misero de la Humanidad. Una *bestia bruta*, a cuyo semejante aniquilé: una *bestia bruta* era capaz de producirme (a mí, hombre formado a imagen y semejanza de Dios), el más terrible pesar. Ya no tuve paz ni descanso, de día o de noche. Durante el día, - - aquel animal no me abandonaba ni un instante y de noche, cada vez que despertaba de mi sueño agitado, presa de una extraña opresión, sentía en mi rostro el tibio aliento del gato y su peso: era la encarnación de un mal sueño del que no podía librarme, una angustia indescriptible, enclavada, por siempre, en mi corazón.

Lo poco bueno que aún me quedaba se desvaneció con estos sufrimientos y ya no tuve más que pensamientos torvos, sombríos y perversos. Mi tristeza habitual se trocó en un odio amargo a todo y por todo, hasta abarcar toda la Humanidad. Mi esposa, que nunca se quejaba, no tardó en sufrir las consecuencias, víctima paciente de los frecuentes ataques de furor que me dominaban.

Un día, por sus quehaceres domésticos, me acompañó al sótano de la casa miserable en que habitábamos. El gato me siguió, escaleras abajo, y, metiéndose entre mis piernas me hizo tropezar y estuve a punto de caer de cabeza. Este incidente me exasperó y, olvidando mis temores pueriles, alcé el hacha que llevaba en la mano y descargué un golpe que, sin duda, hubiera sido mortal de haberle alcanzado. Pero mi esposa detuvo mi brazo con lo que mi furor infernal llegó al colmo; sol-

tándome, le asesté un hachazo en la cabeza. La infeliz cayó muerta, sin un gemido.

Después del horrible asesinato reflexioné fríamente en la mejor manera de ocultar el cadáver, pues no se me ocultaba que era de todo punto imposible sacarlo de la casa, de día o de noche, sin exponerme a que me vieran los vecinos. Pensé en diversos medios, tuve la idea de cortar el cuerpo en pedazos y arrojarlos al fuego; luego decidí cavar una fosa en el piso del sótano y aun pensé en meterlo en el pozo del patio y hasta en colocarlo en una caja, como una mercancía, y encargar a un mandadero que lo llevase a cualquier punto. Pero, por último, opté por una idea que me pareció mejor: emparedar el cadáver allí mismo, como hacían los monjes en la Edad Media.

Para este fin el sótano reunía condiciones excelentes; las paredes, construidas a la ligera, habían sido cubiertas por una capa de yeso hacía poco tiempo, y la humedad que reinaba en el lugar evitó que se endureciera. En una de estas paredes había un saliente, formado por una especie de falsa chimenea que luego se tapó y no dudé que sería muy fácil quitar los ladrillos, meter el cadáver en el hueco y tapiar de nuevo, dejándola igual que antes.

Fue como imaginara: con ayuda de una palanca quité los ladrillos fácilmente y, colocando el cadáver apoyado contra la pared interior, lo mantuve en esa posición hasta colocar de nuevo los ladrillos. Luego busqué arena y mortero y con gran cuidado preparé una argamasa que no se diferenciase de la que ya había. Con ella cubrí los ladrillos y cuando acabé, mi obra me pareció perfecta. Nada había en aquel muro que despertara sospechas. Recogí todo y barrí bien el suelo. Luego contemplé mi obra triunfalmente y pensé: "Por lo menos, esta labor no ha sido infructuosa."

A renglón seguido fui en busca del gato, causante de todo, pues estaba bien decidido a matarlo y no hay duda de que lo hubiera hecho de haberle encontrado. Pero el astuto animal, atemorizado seguramente por mi reciente demostración de furor, debía haberse escondido. No puedo expresar la sensación de alivio que sentí ante su ausencia; no se dejó ver en toda la noche de modo que fue la primera, en mucho tiempo, que pasé tranquilo. ¡Dormí profundamente! ¡Sí, dormí no obstante el peso de aquel asesinato!

Así transcurrieron el segundo y tercer días, sin que mi atormentador apareciera y pude respirar, como un hombre libre. Aquel monstruo, aterrorizado seguramente, abandonó la casa para siempre. No volvería a verlo. Mi dicha era completa. El horrendo crimen cometido me inquietaba muy poco; se inició una averiguación que terminó en seguida y aunque se ordenaron una serie de pesquisas no se pudo descubrir nada. Yo daba por sentada mi felicidad.

Cuatro días después del crimen un grupo de agentes de la policía se presentó en mi casa, de improviso, con orden de proceder a un examen minucioso. Yo no me inquieté lo más mínimo, pues confiaba en que el escondite practicado sería impenetrable. Los agentes me obligaron a acompañarles en sus pesquisas y todo lo registraron de arriba abajo. Por fin decidieron bajar por tercera o cuarta vez al sótano. Eso no me turbó; como el del hombre más inocente, mi corazón latía con ritmo tranquilo. Recorrí el sótano, de un lado a otro, con los brazos cruzados y un aire de total indiferencia.

La policía, plenamente satisfecha, iba a retirarse ya cuando mi corazón, jubiloso, me impulsó a decir unas palabras que corroborarían mi supuesta inocencia.

—Señores —dije, por fin, cuando ya subían la escalera— me ha complacido mucho haber desvanecido sus sospechas y les deseo salud y algo más de cortesía. Dicho sea de paso, señores... esta es una casa sólidamente construida (en mi irreprimible deseo de hablar apenas si me daba cuenta de lo que decía) es, a no dudarlo, una construcción muy firme. Estos muros... ¿ya se van ustedes?... estos muros les digo, son de lo más recio.

Y poseído de una jactancia demencial, golpeé con un bastón el tabique que ocultaba el cadáver de mi esposa.

¡Ah! ¡Que Dios me ampare y me libre de las garras del príncipe de los infiernos! No bien se hubo apagado el eco de los golpes una voz indescriptible resonó en el fondo de la tumba. Primero fue como un lamento roto, como el lloro de un niño, pero luego tomó cuerpo hasta convertirse en un alarido sonoro y continuo, un aullido inhumano que expresaba a la vez horror y victoria, un sonido espantoso que no podía brotar más que del infierno, el horrible estertor surgido de las gargantas de los condenados y de los demonios que gozan con sus tormentos.

En vano intentaría expresar los pensamientos que se ago

paron en mi mente. Crecí desfallecer y, tambaleándome, pude llegar a la pared opuesta en donde me apoyé. Los agentes que dieron inmóviles en la escalera, clavados por el terror, pero no tardaron en golpear la pared con sus brazos vigorosos hasta que se vino abajo. Ante nuestra vista apareció el cadáver, rígidamente de pie, ya muy desfigurado y cubierto de sangre coagulada. Sobre su cabeza, con las fauces rojizas bien abiertas y su único ojo llameante, estaba el odiado animal —cuya astucia me indujo al crimen y cuyo aullido revelador me entregaba en manos del verdugo. ¡Había emparedado al monstruo también!